















LA PAZ DE RATISBONA

Por la trascendencia del asunto son muy abundantes los comentarios que publica la Prensa de todos los matices sobre el acuerdo del partido centrista con el partido popular bávaro.

Es inútil observar que la fuerza de los partidos dispuestos por el acuerdo a una colaboración íntima ha crecido en proporción notable.

Debemos tener en cuenta que el partido popular bávaro es un partido de derecha y de opiniones muy definidas, lo que robustecerá los elementos conservadores en el partido centrista del Norte.

Peró con la unión lograda ahora en Ratisbona la orientación en cuestiones de principios recibirá mucho más claridad y firmeza.

Muy importante también es la actitud centrista en los asuntos de la constitución interior de los Estados alemanes. Los bávaros son todos partidarios del federalismo.

El partido centrista no estará, pues, conforme con una centralización de Alemania, sino que tendrá en cuenta las aspiraciones de los que quieren conservar una parte de los fueros antiguos.

No hablo hoy de los efectos que la unión tendrá en la orientación general de los católicos alemanes. Se comprende, desde luego, que su influencia en la actitud del catolicismo alemán será importante.

Bonn, diciembre, 1927.

Doctor FROBERGER

CHINITAS

«El Gobierno mejicano ha ordenado que el Arzobispo don Francisco Orozco y Jiménez sea capturado vivo o muerto.»

«En una crónica relativa a la indumentaria femenina se propone que sea, en todo caso, juzgada por un tribunal.»

«Y que le sea exigido a cada uno de los señores componentes de este tribunal un certificado en toda regla probando sin género de dudas que no es ni ha sido nunca ni será en su vida cura, ni rabino, ni pastor protestante, ni moralista, ni fascista, ni alcalde, ni... dama... catequista.»

«Perfectamente. Un tribunal de marido de tipo ultraista, novios dadalistas, hermanos superrealistas y padres de estos modernos, duchos en la manga corta, prietos en la manga perdida y especializados en la manga por hombro.»

«Un crítico literario hace la siguiente declaración, que nos apresuramos a registrar:»

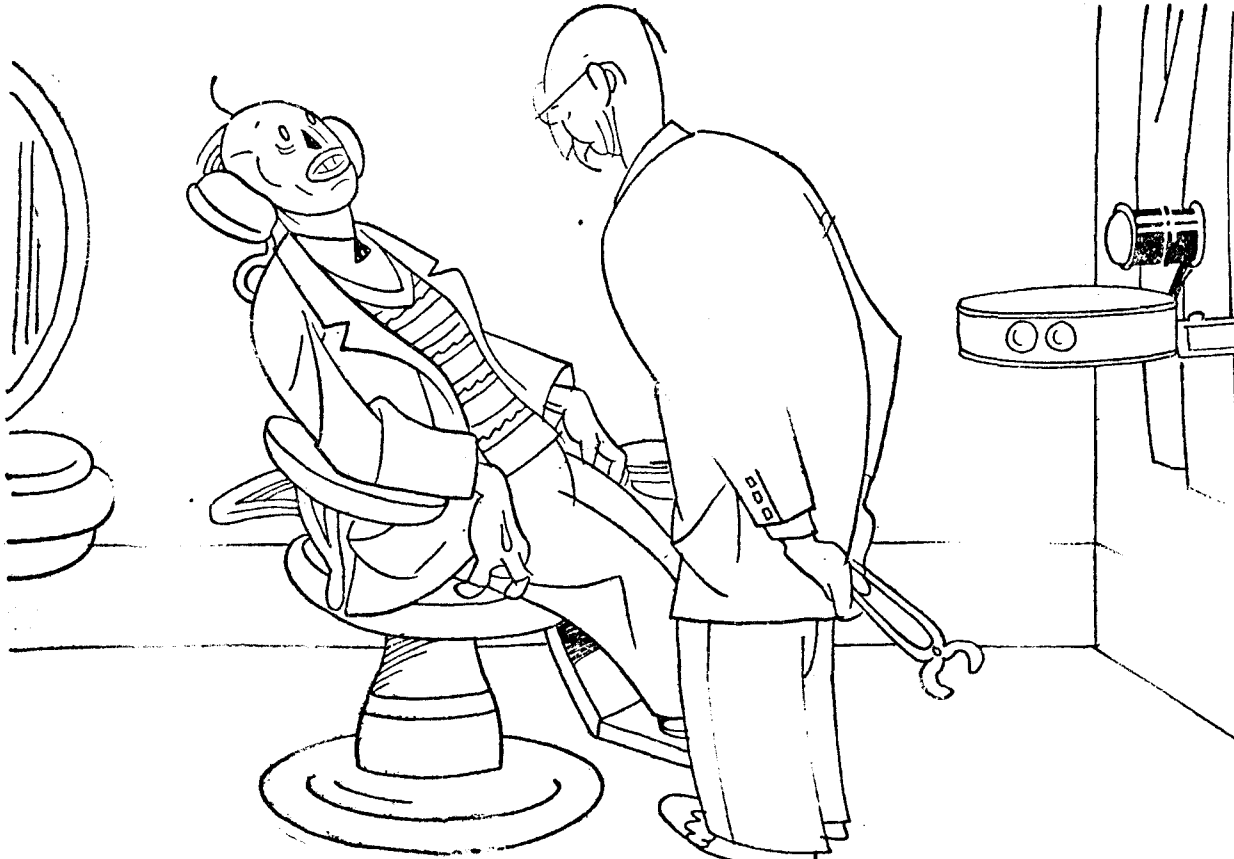
«Me es muy grato insinuar, que un buen verso se redacta... si me permitís, como se pavimenta una calle.»

«En una palabra: que ahora se espicha uno—¡profano y pecador!—que haya tantos que al versificar parece que aduquinan.»

«Leemos que un cierto señor francés «murió en la clínica donde se le había operado una hernia provocada por un golpe que recibió jugando al tenis.»

«El paciente debía reintegrarse en su domicilio, cuando una angina de pecho acabó con él en pocas horas, a la edad de sesenta y seis años.»

LA PREGUNTA OBLIGADA, por K-HITO



EL PACIENTE (dando largas).—¿Juega usted a la lotería? EL DENTISTA.—¡Brrr...! ¡Con decirle a usted que yo saco tajada en todas las "extracciones"...!

CORTES, EL CONQUISTADOR Una intervión con el Rey niño

No siempre hemos tenido los españoles la ocasión de felicitarnos por qué los ingleses se ocupen de la epopeya de la conquista americana. España era el enemigo y tanto valían para combatir...

H. D. Sedgwick no se limita a narrar el episodio de la conquista de la Nueva España. La conquista le interesa, y mucho, como centro de la vida y de la felicidad de Cortés. Pero Cortés es el objeto del libro y nuestro buen inglés empieza con una breve descripción de Extremadura su primer capítulo.

Conoce H. D. Sedgwick a los principales historiadores de Indias y los juzga con sano criterio. Sabe distinguir, por ejemplo, entre el noble corazón del padre Las Casas y el crédito que como historiador merezca. Es una distinción que no todos saben hacer y que muchos no han querido hacer unas veces porque así convenía a sus propósitos...

Cortes, el conquistador ha sido perfectamente editado. Los lectores ingleses podrán tener a través de este libro una visión si no rigurosamente auténtica, por lo menos muy aproximada y llena de buena orientación de la conquista de México y del héroe de ella. Los especialistas no han de encontrar, desde luego, en este volumen cosa alguna que no conozcan. No es este el fin que la obra se propone. Quiere solamente resumir en una narración clara y verídica uno de los episodios más interesantes de la historia del mundo.

Nicolás GONZÁLEZ RUIZ

"SANSON" Cuatro mil millonarios en Alemania

Mientras aquellos arriegados senderos de cabras estaban practicables, sin la manita de nieve que durante el invierno cubre y disimula hondanadas y despeñaderos...

Sin embargo de ello, Nanduco el de la Alfonso, no sólo se dedicaba con desahucio y sin miedos por entre breñas y cajigas, sino que hecho un hombre-cillo, servía en muchas ocasiones de protector y caballero a Tasia, la menuda montañesa, toda fibra y reciedumbre...

El envío especial de «Le Journal» en Bucarest ha celebrado una entrevista con el Rey de Rumania, que, como se sabe, ha cumplido los seis años el 25 de octubre último.

El redactor de «Le Journal» espera en un salón de Palacio la llegada del Rey. «Del piso superior, dice, llegan gritos alegres, apóstrofos, rumores de caídas seguidos de nuevos gritos. ¡El Rey se divierte! Y el comandante Mardare (ayudante del Monarca) observa, sonriente, que si hay juguetes rotos, su majestad recurrirá a él para que se los arregle.»

Cinco minutos después el Rey me recibe. Si no fuese un personaje tan importante, podría decirse de él con mucha verdad: «¡Qué niño tan guapo!» El Rey es rubio, tiene los ojos azules y una boca maliciosa.

Un día, volvíam de la escuela por el monte Nanduco y Tasia. Un frío punzante amarrataba sus caritas y sus manos enteleradas; Nanduco metióse la gorra hasta el cuello y apretó el paso diciéndome a su compañera: «Anda, Tasiuca, que se viene encima la noche y va a ser de las malas.»

En efecto, las nubes plomizas galopaban veloces, empujadas por el alvigo; entrebriendo picachos y hondanadas de pronto, al salir de entre unas montañas, toparon con una peligrosa cascada de volatineros, que iban de zoco en colodro, llevando en asnos desmantados y algún viejo mulo, los indumentados de sus farsas y sus hijos pemeños. Uno de aquellos titiriteros, hombre fornido y hosco, fijos en la pequeña montañesa y algo debió ver en ella útil y explotable en oficios de circo, cuando miró cuidadosamente a su alrededor y convencerse de que no había alma viviente por aquellos contornos...

«Si no deja usted a Tasia le descalabro. ¡Que la deje usted! ¡Que la deje!» El hombrachón se reía con burla; junto a sus cabezas pasó silbando un guiñardo y entonces pensó que había que narrar aquel cuento para que no les decañase; y emprendió tras el arroyo una carrera, en la que el montañés, ágil, sin peso y muy acostumbrado...

Jesús R. COLOMA

EL GALEOTE NOVELA

Folleto de EL DEBATE 27) RAUL DE NAVERY. (Versión castellana de Emilio Carrascosa, expresamente hecha para EL DEBATE.)

esclavitud, el abate Vincent experimentó una profunda emoción, imposible de describir; las lágrimas manaron abundantes de sus ojos, y a lo largo de las mejillas broncneas fueron a perderse en el secreto insensible de la enmarañada barba; de su corazón de patriota salió un grito de alegría, y sus labios musitaron una oración fervorosa de gratitud. Cuando hubieron saltado a tierra, el sacerdote tomó de la mano a Bernardo, que martirizado por los recordamientos, no se atrevía a levantar la cabeza, inclinada sobre el pecho, en ademán vergonzoso, y así, uno en pos de otro, se encaminaron a la próxima iglesia.

En Francia, el verdadero galeote, esto es, el hombre condenado a cadena y a manejar los remos a bordo de las naos de la Armada, apareció en la época de las Cruzadas. La primera ordenanza real relativa a las galeras, se debe a Carlos IX, y en ella se prohíbe terminantemente a los tribunales pronunciar sentencias por las que se condena a los culpables a una pena inferior a diez años de galeras; «Puesto que son necesarios tres años, por poco—dice la ordenanza—para adiestrar a los forzados en el oficio de las olas y del mar, sería enfadoso tenerlo que enviar a sus casas por haber cumplido su condena, precisamente cuando comienzan a ser útiles con sus servicios al Estado.»

Las galeras se hallaban ancladas formando un semicírculo, especie de barrera flotante, alrededor de la bahía de Marsella.

Los forzados no eran buques guerreros llenos de soldados, sino prisiones flotantes, en las que los condenados por los tribunales de justicia cumplían su pena, sometidos a un lento y cruel suplicio.

de los celadores, era despedazado vivo. Los forzados permanecían encerrados día y noche en una dependencia de la galera, conocida por el nombre de «el vacío»; esta sala, que contenía 26 bancos, apenas medía 35 metros cuadrados, y cada uno de los galeotes estaba fuertemente amarrado a su banco respectivo. La chusma de cada galera se componía de 108 forzados o galeotes, a los que había que sumar 80 marineros o remeros, y estaba bajo la vigilancia de un capataz, un subcapataz y diez celadores o guardianes.

(Continuará.)